

CLÁSICOS
A MEDIDA



Cuentos

Edgar Allan Poe

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Cuentos* de Edgar Allan Poe, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Emilio Fontanilla Debesa, 2015

© De la ilustración: Javier Olivares, 2015

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, marzo 2015

ISBN: 978-84-678-7103-6

Depósito legal: M-2724-2015

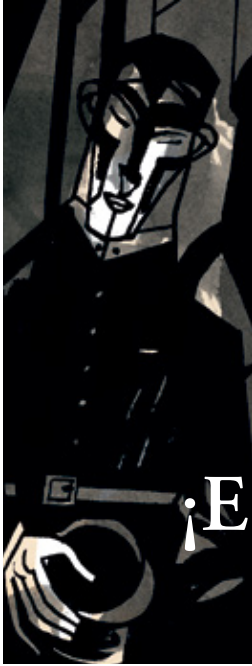
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
El corazón delator	15
El escarabajo de oro	25
El gato negro	81
Hop-Frog	99
Apéndice.....	115

El corazón delator



*El arte es duradero y la vida, fugaz,
y aunque nuestros corazones son fuertes y valientes,
aun así, como tambores sordos, golpean
marchas fúnebres hacia la tumba.*

LONGFELLOW

¡E s verdad! Siempre he sido, y sigo siendo, nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha agudizado mis sentidos en vez de destruirlos o debilitarlos. Por encima de los demás, el sentido del oído era el más agudo. Oía todas las cosas del cielo y de la tierra. Oía muchas cosas del infierno. ¿Cómo, entonces, voy a estar loco? Prestad atención y observad con qué sensatez, con qué calma os puedo contar toda la historia.

Es imposible explicar cómo entró la idea en mi cabeza por primera vez; pero una vez concebida, me perseguía noche y día. Motivo no había ninguno ni sentía odio alguno. Yo quería al viejo. Nunca me había hecho daño. Nunca me había ofendido. No ambicionaba sus riquezas. ¡Creo que era su ojo! ¡Sí, eso era! Uno de sus ojos parecía el de un buitre, un ojo celeste con una catarata. Cada vez que lo fijaba en mí, se me helaba la sangre; y así, poco a poco, muy gradualmente, me

decidí a quitarle la vida al viejo y así librarme del ojo para siempre.

Ahora viene lo principal. Imagináis que estoy loco. Pero los locos no saben nada. Tendríais que haberme visto. Tendríais que haber visto con cuánta sabiduría actué, con cuánta precaución, con cuánta previsión, con cuánto disimulo me puse a la tarea.

Nunca fui más amable con el viejo que durante toda la semana anterior al asesinato. Y todas las noches, a medianoche, giraba el picaporte de su puerta y la abría, ¡tan suavemente! Y cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, introducía una linterna sorda¹, cerrada, completamente cerrada, de manera que no saliera ninguna luz, y entonces metía la cabeza. ¡Os habríais reído de ver con qué astucia la metía dentro! La movía despacio, muy, muy despacio, de forma que no fuera a perturbar el sueño del viejo. Tardaba una hora en pasar la cabeza entera a través de la abertura hasta que podía verlo tendido en la cama. ¿Eh? ¿Habría sido tan prudente un loco?

Y entonces, cuando mi cabeza estaba completamente dentro de la habitación, abría la linterna con cuidado, sí, muy cuidadosamente (por el chirrido de las bisagras), la abría hasta que únicamente un fino rayo de luz caía sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches (siempre a medianoche), pero encontraba el ojo siempre cerrado; y así era imposible llevar a cabo la tarea, pues no era el viejo quien me irritaba, sino su maldito ojo.

Y cada mañana, al amanecer, entraba con decisión en su habitación y hablaba con él con valentía, llamándolo por su nombre en un tono cordial y preguntándole cómo había pasa-

¹ *Linterna sorda*: farol cuya luz va oculta por una pantalla opaca, que fácilmente se abre a voluntad del portador y le permite a este poder ver sin ser visto.

do la noche. Así que ya veis que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que cada noche, exactamente a las doce, yo lo observaba mientras dormía.

En la octava noche, fui más cauteloso de lo habitual al abrir la puerta. El minuterero de un reloj se mueve con mayor rapidez de lo que se movía mi mano. Nunca antes de aquella noche había sentido el alcance de mis propias habilidades, de mi sagacidad. A duras penas podía contener mi sensación de triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo la puerta, poco a poco, y él no podía ni soñar con mis secretas acciones y pensamientos! Me reía entre dientes pensando en eso; y quizás me oyó, porque se movió en la cama de pronto, como si se hubiese asustado. Quizás penséis que retrocedí, pero no lo hice. La habitación estaba tan negra como el alquitrán, sumida en una completa oscuridad (pues las persianas estaban totalmente cerradas por miedo a los ladrones); así que yo sabía que no podía ver la abertura de la puerta, por lo que seguí empujándola sin parar, sin parar.

Tenía ya la cabeza dentro y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre metálico y el viejo se incorporó en la cama gritando: «¿Quién está ahí?».

Me quedé completamente inmóvil, sin decir nada. Durante una hora entera no moví ni un músculo y durante ese tiempo no oí que volviera a tenderse. Seguía sentado en la cama, escuchando, exactamente igual que había hecho yo, noche tras noche, escuchando las carcomas² de la pared.

De repente oí un débil gemido, y supe que era el gemido de un terror mortal. No era un gemido de dolor o de pena, ¡oh,

² El nombre original inglés (*death-watch*, «reloj de muerte») hace alusión al sonido que produce un tipo de escarabajo al golpear la madera, considerado una especie de cuenta atrás para la muerte.

no!, era el sonido ahogado que brota del fondo del alma cuando está sobrecogida por el espanto. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, exactamente a las doce, mientras el mundo entero dormía, había surgido de mi propio pecho, intensificando con su terrible eco los terrores que me alteraban. Ya digo que lo conocía bien. Sabía lo que estaba sintiendo el viejo, y me daba lástima, aunque en el fondo me reía entre dientes. Sabía que se había mantenido despierto desde el primer leve ruido, cuando se había movido en la cama. El terror había estado allí desde entonces creciendo en su interior. Había intentado imaginar que eran temores infundados, pero no podía. Se había estado diciendo a sí mismo «es solo el viento en la chimenea» o «es solo un ratón corriendo por el suelo» o «es simplemente un grillo que ha chirriado una sola vez». Sí, había estado intentando tranquilizarse con estas suposiciones; pero todo era en vano. Todo en vano, porque la Muerte al acercarse había desplegado su sombra negra delante de él y había envuelto a la víctima. Y era la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible lo que le hacía sentir, aun sin verme ni oírme, sentir la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Tras esperar mucho tiempo, con grandísima paciencia, sin oírle tenderse, decidí abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna. Así que lo hice (no podéis imaginar con cuánto cuidado) hasta que, finalmente, un único rayo tenue, como un hilo de araña, salió de la ranura y cayó sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, completamente abierto, y me puse furioso al contemplarlo. Lo veía con toda precisión, con su azul apagado y con el horrible velo que lo cubría, y me heló los huesos hasta la médula; pero no podía ver nada más de la cara o del cuerpo del viejo, pues instintivamente había proyectado el rayo con precisión sobre ese maldito punto.



Edgar Allan Poe, huérfano a muy temprana edad, fue criado por una familia adinerada del sur de EEUU. Tras una vida complicada y trágica, llena de excesos, murió a los cuarenta años sin poder imaginar la gloria y el prestigio que llegaría a alcanzar en todo el mundo. Hoy es reconocido por lectores y estudiosos como el rey del relato de terror, y el padre de la novela moderna de detectives. Este volumen recoge una adaptación de cuatro de sus relatos, representativos de ambos géneros.

